Notas de Elena G. de White

Lección 9
26 de Febrero de 2011

La estima propia

Sábado 19 de febrero

Debemos acercarnos a la cruz de Cristo. La penitencia al pie de la cruz es la primera lección de paz que tenemos que aprender. El amor de Jesús, ¿quién puede comprenderlo? ¡Infinitamente más tierno y abnegado que el amor de una madre! Si queremos conocer el valor de un alma humana, debemos mirar a la cruz con fe viva, y así comenzar el estudio que será la ciencia y el cántico de los redimidos por toda la eternidad. El valor de nuestro tiempo y de nuestros talentos puede estimarse únicamente por la grandeza del rescate pagado por nuestra redención. ¡Qué ingratitud manifestamos hacia Dios cuando le robamos lo suyo al rehusarle nuestros afectos y nuestro servicio! ¿Es demasiado darnos nosotros mismos a él que lo ha sacrificado todo por nosotros? ¿Podemos escoger la amistad del mundo antes que los honores inmortales que ofrece Cristo: "Que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono"? (Apocalipsis 3:21) (***Reflejemos a Jesús,* p. 287**).

Aquel cuyo corazón está imbuido del Espíritu Santo no realizará acciones incorrectas contra su prójimo, porque sabe que esa persona, por más pobre que sea, ha sido comprada por la sangre del Hijo de Dios. Ante todo el universo, el Señor le ha puesto precio al alma humana —el precio de su propia sangre. La cruz testifica del valor que Dios le da a cada ser humano. Seamos cuidadosos, entonces, en la forma en que tratamos a nuestro prójimo que ha sido comprado por precio (**Folleto 146, *Report of Special Meeting,* pp. 13, 14**).

Domingo 20 de febrero:
Orígenes

Dios creó al hombre conforme a su propia imagen. No hay en esto misterio. No existe fundamento alguno para la suposición de que el hombre llegó a existir mediante un lento proceso evolutivo de las formas bajas de la vida animal o vegetal. Tales enseñanzas rebajan la obra sublime del Creador al nivel de las mezquinas y terrenales concepciones humanas. Los hombres están tan resueltos a excluir a Dios de la soberanía del universo que rebajan al hombre y le privan de la dignidad de su origen. El que colocó los mundos estrellados en la altura y coloreó con delicada maestría las flores del campo, el que llenó la tierra y los cielos con las maravillas de su potencia, cuando quiso coronar su gloriosa obra, colocando a alguien para regir la hermosa tierra, supo crear un ser digno de las manos que le dieron vida. La genealogía de nuestro linaje, como ha sido revelada, no hace remontar su origen a una serie de gérmenes, moluscos o cuadrúpedos, sino al gran Creador. Aunque Adán fue formado del polvo, era el "hijo de Dios" (***Conflicto y valor,* p. 11**).

Creados para ser la "imagen y gloria de Dios", Adán y Eva habían recibido capacidades dignas de su elevado destino. De formas graciosas y simétricas, de rasgos regulares y hermosos, de rostros que irradiaban los colores de la salud, la luz del gozo y la esperanza, eran en su aspecto exterior la imagen de su Hacedor. Esta semejanza no se manifestaba solamente en su naturaleza física. Todas las facultades de la mente y el alma reflejaban la gloria del Creador. Adán y Eva, dotados de dones mentales y espirituales superiores, fueron creados en una condición "un poco menor que los ángeles", a fin de que no discernieran solamente las maravillas del universo visible, sino que comprendiesen las obligaciones y responsabilidades morales (***La educación,* p. 20**).

Jesús era la majestad del cielo, el amado comandante de los ángeles, quienes se complacían en hacer la voluntad de él. Era uno con Dios "en el seno del Padre" (Juan 1:18), y sin embargo no pensó que era algo deseable ser igual a Dios mientras el hombre estuviera perdido en el pecado y la desgracia. Descendió de su trono, dejó la corona y el cetro reales, y revistió su divinidad con humanidad. Se humilló a sí mismo hasta la muerte de cruz para que el hombre pudiera ser exaltado a un sitial con Cristo en su trono. En él tenemos una ofrenda completa, un sacrificio infinito, un poderoso Salvador, que puede salvar hasta lo último a todos los que vienen a Dios por medio de él, Con amor, viene a revelar al Padre, a reconciliar al hombre con Dios, a hacerlo una nueva criatura, renovada de acuerdo con la imagen de Aquel que lo creó.

El precio pagado por nuestra redención, el sacrificio infinito que hizo nuestro Padre celestial al entregar a su Hijo para que muriese por nosotros, debe darnos un concepto elevado de lo que podemos ser hechos por Cristo (***La maravillosa gracia de Dios*, pp. 160, 188**).

Lunes 21 de febrero:
Percepciones propias

Muchos que son aptos para hacer una obra excelente logran muy poco porque a poco aspiran. Miles de cristianos pasan la vida como si no tuvieran un gran fin que perseguir, ni un alto ideal que alcanzar. Una causa de ello es lo poco en que se estiman. Cristo dio un precio infinito por nosotros, y quiere que estimemos nuestro propio valor en conformidad con dicho precio.

No os deis por satisfechos con alcanzar un bajo nivel. No somos lo que podríamos ser, ni lo que Dios quiere que seamos. Dios no nos ha dado las facultades racionales para que permanezcan ociosas, ni para que las pervirtamos en la persecución de fines terrenales y mezquinos, sino para que sean desarrolladas hasta lo sumo, refinadas, ennoblecidas y empleadas en hacer progresar los intereses de su reino.

Nadie debe consentir en ser mera máquina, accionada por la inteligencia de otro hombre. Dios nos ha dado capacidad para pensar y obrar, y actuando con cuidado, buscando en Dios nuestra sabiduría, llegaremos a estar en condición de llevar nuestras cargas. Obrad con la personalidad que Dios os ha dado. No seáis la sombra de otra persona. Contad con que el Señor obrará en vosotros, con vosotros y por medio de vosotros (***El ministerio de curación*, p. 398**).

El Señor se chasquea cuando su pueblo se tiene en estima demasiado baja. Desea que su heredad escogida se estime según el valor que él le ha atribuido. Dios la quería; de lo contrario no hubiera mandado a su Hijo a una empresa tan costosa para redimirla. Tiene empleo para ella y le agrada cuando le dirige las más elevadas demandas a fin de glorificar su nombre. Puede esperar grandes cosas si tiene fe en sus promesas (***Exaltad a Jesús*, p. 172**).

Una de las razones por la debilidad espiritual que se ve en nuestros días es la baja estima que los creyentes en Cristo tienen de sí mismos. Cristo pagó un precio infinito por nosotros y desea que su heredad adquirida se valorice de acuerdo al precio que él pagó por ellos. No lo decepcionemos mostrando una baja autoestima. Aceptemos los privilegios y oportunidades que tenemos, porque al aceptar los tesoros de su gracia seremos más preciosos y estimados a su

vista. La piedad práctica se tejerá como hebras de oro en nuestras vidas y al consagrarnos a él nos promete hacernos más preciosos "que el oro fino... más que el oro de Ofir" (Isaías 13:12). Todo el cielo se regocija cuando una débil y frágil alma humana se entrega a Jesús, y con la fortaleza que recibe de él, vive una vida de pureza (***Signs of the Times*, 22 de octubre, 1896**).

La Majestad del cielo se humilló a sí mismo al dejar el lugar de mayor autoridad y de una posición igual a la de Dios, para tomar la posición más humilde: la de un siervo. Vivió en Nazaret, un lugar proverbial por su maldad, junto a sus padres que se contaban entre los más pobres, y trabajó con sus manos como carpintero para hacer su parte en el sostén de la familia. Para alcanzar al ser humano pecador, dejó sus riquezas, su esplendor, su honor y su gloria, y aceptó una vida de humildad, vergüenza y reproche. No vino para ser servido sino para servir. Tampoco vino para hacer su voluntad sino la de Aquel que juzga justamente. "No puedo yo hacer nada por mí mismo" —dijo. Su humildad no consistía en tener una baja estima de su carácter o de sus calificaciones, sino en humillarse para alcanzar la humanidad caída a fin de elevarla a una vida mejor (***Signs of the Times*, 21 de octubre, 1897**).

Martes 22 de febrero:
Lo que los otros ven

La razón por la que Cristo ha dicho "no juzguéis" es muy clara: es natural para el ser humano exaltar su propia bondad, no examinar su propio corazón, y despreciar a los demás. Si viéramos las cosas en su correcta luz, veríamos que necesitamos la misericordia de Cristo en todo momento; por lo tanto deberíamos actuar de la misma manera con nuestros hermanos. El Señor no ha colocado a nadie en calidad de juez porque conoce demasiado bien la naturaleza humana para darle poder para juzgar y condenar a otros; sabe muy bien que con su juicio falible puede arrancar a alguien que considera cizaña pero que merecería simpatía y confianza, mientras que puede pasar por alto a otro que realmente merecería la reprensión (***Review and Herald*, 3 de enero, 1893**).

El que proclama ser cristiano debería examinarse a sí mismo y ver si es tan bueno y considerado con sus semejantes como desea que éstos lo sean con él... Cristo enseñó que la posición social o la riqueza no deberían hacer diferencia en nuestro trato mutuo y que a la vista del cielo todos somos hermanos. Las posesiones terrenales o el honor mundanal no cuentan en la valuación que Dios hace del hombre. Creó a todos los hombres iguales. No hace acepción de personas. Valora a cada cual de acuerdo con la virtud de su carácter (***En lugares celestiales*, p. 287**).

Nunca deberíamos actuar con indiferencia y falta de simpatía, especialmente cuando tratamos con los pobres. A todos debemos tratar con cortesía, simpatía y compasión. La parcialidad manifestada hacia los ricos desagrada a Dios. Jesús es menospreciado cuando se desprecia a sus hijos necesitados. Estos no son ricos en bienes de este mundo, pero ellos son caros a su corazón amante. Dios no reconoce distinción de rango. Él no toma en cuenta las clases sociales. Ante su vista los hombres no son más que hombres, buenos o malos. En el día final del ajuste de cuentas, la posición, las clases sociales o la riqueza no alterarán ni en el espesor de un cabello el caso de ninguna persona. El Dios que todo lo ve juzgará a los hombres por lo que éstos son en pureza, nobleza y amor a Cristo (***Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 168**).

En la historia del fariseo y el publicano, Cristo enseña una de las más importantes lecciones que tenemos que aprender: el peligro de la arrogancia. Aparecen en escena dos tipos de adoradores. La clase representada por el fariseo es la que se muestra piadosa y con una gran excelencia de carácter. La otra, representada por el publicano, es menos respetable a la vista del mundo. ¿Es correcta esta evaluación? No; es exactamente lo contrario; es justamente lo opuesto cuando lo consideramos a la vista del cielo. Tanto el fariseo como el publicano están bajo el ojo escudriñador del Altísimo, quien no hace acepción de personas. La riqueza, los títulos, el talento y la reputación no los recomienda ante él. "El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 Samuel 16:7).

Tanto el fariseo como el publicano se estiman a sí mismos de una manera diferente a la realidad. Ambos van al templo a la hora de la oración con la idea de adorar a Dios, ¡pero qué contraste existe entre sus motivos y sus sentimientos al elevar sus oraciones! (***Signs of the Times*, 19 de febrero, 1885**).

Miércoles 23 de febrero:
Lo que Dios ve

Jesús dio su vida por la vida del mundo, y estima al hombre en un valor infinito. Desea que el hombre se aprecie a sí mismo y considere su bienestar futuro. Si los ojos se mantienen puros todo el cuerpo estará lleno de luz. Si la visión espiritual es clara, se considerará a las realidades eternas en su verdadero valor y la contemplación del mundo eterno añadirá nuevos goces a este mundo.

El cristiano estará lleno de gozo en la medida en que sea un mayordomo fiel de los bienes de su Señor. Cristo anhela salvar a cada hijo e hija de Adán. Levanta

su voz en advertencia a fin de romper el hechizo que ha unido las almas en cautividad a la esclavitud del pecado. El ruega a los hombres que se alejen de su infatuación. Les hace contemplar el mundo más noble y les dice: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen" (S. Mateo 6:19).
Cristo ve el peligro; conoce las tentaciones sutiles y el poder del enemigo, porque ha experimentado las tentaciones de Satanás. El dio su vida para proporcionar un período de prueba para los hijos y las hijas de Adán. Teniendo ante ellos el resultado de la desobediencia de Adán y de las transgresiones, con una luz más abundante que brilla sobre ellos, son invitados a acudir a Cristo para hallar descanso para sus almas. Pero cuanto más grande sea la luz y más clara la señal de peligro, tanto mayor será la condenación para los que se apartan de la luz para ir a las tinieblas. Las palabras de Cristo son demasiado serias en sus implicaciones para ser descartadas (***Consejos sobre mayordomía cristiana*, pp. 142, 143**).

Parece asombroso que no podamos creer que nuestro Padre amante solo desea nuestro bien. ¿Será que nuestros sentidos están tan pervertidos que no podemos comprender que él quiere tomarnos de la mano y llevarnos hacia adelante y hacia arriba para unirnos a los que han sido lavados y redimidos en la sangre del Cordero? Debemos ser conscientes de que nos encontraremos con nuestros asociados, cara a cara, en el reino de los cielos. Si esta expectativa tiene la fuerza de una realidad, ¡qué amor debiera despertarse en nuestro corazón por nuestros hermanos! Debiéramos sentir el mayor afecto hacia aquellos que nos rodean al comprender que cada alma ha sido comprada por la sangre de Cristo y es de infinito valor. Si Cristo nos consideró tan valiosos que se dio a sí mismo para redimirnos, también debiéramos estimarnos a nosotros mismos como seres que pertenecen a Dios, y valorizar los poderes, privilegios y oportunidades que él nos da (***Review and Herald*, 4 de marzo, 1890**).

La raza caída solo podía ser restaurada por los méritos de Aquel que era igual a Dios, quien aunque era exaltado en los cielos, consintió en tomar sobre él la naturaleza humana para obrar en beneficio del súbdito desleal y reconciliarlo con Dios. Como nuestro sustituto y garantía, ruega en nuestro favor, combate los poderes de las tinieblas, obtiene la victoria sobre el enemigo de nuestras almas y nos ofrece la copa de salvación.

El Príncipe de la vida consintió en soportar insultos, burlas, dolor y muerte. Sobre la cruz del Calvario pagó el precio por la redención de ese mundo perdido, ese mundo al que amaba, esa única oveja perdida que deseaba volver al redil. La cruz del Calvario nos habla del sorprendente amor de Dios por el pecador, que lo llevó a dar a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Si ese amor de Dios no produce una res-

puesta en el corazón humano, si no puede suavizarlo y subyugarlo, entonces esa alma está irremediablemente perdida. No hay otro poder que pueda influir sobre el pecador, ni puede haber una manifestación más grande del amor divino de la que fue dada sobre la cruz del Calvario. Es el mayor don del cielo, ofrecido gratuitamente para que lo aceptemos. Si el amor de Cristo no puede suavizar y subyugar el corazón, ¿qué otro medio podría ser usado para hacerlo? ¿Has fallado en responder a los ruegos de su Espíritu? Entonces no te demores en derribar la fortaleza y abrir la puerta de tu corazón para recibir a Cristo, el mejor Don del cielo. Que la influencia cruel de la incredulidad no te lleve a rechazar al huésped celestial. Cristo continúa rogando: "Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis?" (***The Messenger*, 26 de abril, 1893**).

Jueves 24 de febrero:
Un nuevo yo

La conversión es una obra que la mayoría no aprecia. No es cosa de poca monta transformar una mente terrenal que ama al pecado, e inducirla a comprender el indescriptible amor de Cristo, los encantos de su gracia y la excelencia de Dios, de tal manera que el alma se impregne del amor divino y sea cautivada por los misterios celestiales. Cuando una persona comprende estas cosas, su vida anterior le parece desagradable y odiosa. Aborrece el pecado, y, quebrantando su corazón delante de Dios, abraza a Cristo, vida y gozo del alma. Renuncia a sus placeres anteriores. Tiene una mente nueva, nuevos afectos, nuevo interés, nueva voluntad; sus tristezas, deseos y amor son todos nuevos. Se aparta ahora de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, que hasta entonces prefirió a Cristo, y éste es el encanto de su vida, la corona de su regocijo. Considera ahora, en toda su riqueza y gloria, el cielo que no le atraía antes, y lo contempla como su patria fritura, donde verá, amará y alabará a Aquel que la redimió con su sangre preciosa.

Las obras de la santidad, que parecían cansadoras, son ahora su delicia. Escoge como tema de estudio y consejera a la Palabra de Dios que antes le parecía árida y sin interés. Es como una carta que le escribiera Dios, con la inscripción del Eterno. Somete a esta regla sus pensamientos, palabras y acciones y por ella los prueba. Tiembla ante las órdenes y amenazas que contiene, mientras que se aferra firmemente a sus promesas y fortalece su alma apropiándose de ellas (***Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 250**).

"Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo" (Efesios 4:32).

El mayor servicio que podemos prestar a Dios, y que reflejará permanentes rayos de luz sobre la senda de otros, es ser pacientes, bondadosos, firmes en los principios como una roca, temerosos de Dios. Esto nos hará la sal de la tierra, la luz del mundo. Con frecuencia estaremos chasqueados, porque no hallaremos la perfección en los que se relacionan con nosotros, y ellos no verán perfección en nosotros. Solo mediante esfuerzos agonizantes de nuestra parte llegaremos a ser abnegados, humildes, semejantes a niños, dóciles, mansos y humildes de corazón, como nuestro divino Señor. Debemos elevar nuestro corazón y mente a un elevado plano de educación en las cosas espirituales y celestiales.

Este mundo no es el cielo, sino el taller de Dios para preparar a su pueblo para un paraíso-puro y santo. Y al paso que cada uno de nosotros debe sentir que es una parte de la gran trama de la humanidad, no debe esperar que otros en esa trama sean sin faltas, así como él no lo es. Se cometerán errores, y si los que yerran están dispuestos a ser corregidos se gana una valiosa lección, de modo que su derrota se convierta en victoria. Debéis considerar que muchos de vuestros propios errores no se muestran a la luz pública, y sed cuidadosos de no hacer que los errores e imperfecciones de otros aparezcan en su peor forma, ya sea para vosotros o para otros. Nadie es perfecto, y una crítica injusta fomentada hacia otros no es sabia ni cristiana...

Tenemos una seria y solemne obra que hacer para nosotros mismos: la limpieza de nuestra propia alma de borrones y manchas, si hemos de permanecer cuando aparezca el Hijo del hombre, siendo absueltos por él. Debemos ser tanto educadores como reformadores. Apartarnos de cualquiera que yerra y no sigue nuestras propias ideas, no es proceder como Cristo procede con nosotros (***A fin de conocerle*, p. 188**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática